

Nea Anchialos, jueves 6 de noviembre de 2014

Vine al mundo en el barrio badalonés de Artigas, casi en el límite con Sant Adrià del Besòs. Nací el 18 de septiembre del año 1952, en el número 36 de la calle Santiago, en el seno de una familia de clase media, aunque yo prefiero definirla como clase trabajadora. Mi padre, José, y mi madre, Júlia, ya tenían una hija, mi hermana Rosa María, que es seis años y medio mayor que yo. Habían llegado muy jóvenes desde Aragón. Mi padre era de un pueblo que se llama Vera de Moncayo, mi madre era de Tarazona. Unos ocho kilómetros los separaban, en la falda del Moncayo, y se conocieron en Tarazona.

En el barrio de Artigas vivíamos en la planta baja de una casa de dos pisos. Era una casa de las de antes con un gran patio. Allí transcurrió mi infancia que fue feliz. Mi primer colegio fue el de las monjas Trinitarias en la misma calle Santiago, un poco más abajo. Me contaba mi tía Teo, la tía de mi madre, ya que vivíamos en casa de los tíos Rafael y Teófila -bueno dejémoslo en tía Teo-, que en el primer año de colegio con cinco años me castigaron, y como no me estaba quieto me ataron a la silla con el cinturón de la bata escolar. Así que, cuando llegó la hora de ir a comer, ni corto ni perezoso me fui a casa con la sillita. Vivía muy cerca del colegio. Rafael y Teo tenían dos hijos, Ana María, para mi Anamari, y Rafael, que para mí y mi hermana eran como dos hermanos mayores. Mis padrinos en el bautismo fueron el tío Rafael y Anamari en la iglesia de Sant Adrià, en la localidad del mismo nombre.

Me han preguntado muchas veces de dónde me viene la afición a la fotografía. Mi tío Rafael que era policía nacional, era un buen aficionado a la fotografía y tenía buenas cámaras, una de ellas era una Rolleiflex frontal. Yo lo recuerdo en la mesa del comedor limpiando y revisando las magníficas cámaras fotografías, así que posiblemente, en mis primeros años se me quedó grabada esa imagen y de ahí mi afición. Mi primera cámara me la regalaron mis padres cuando tenía 13 años, pero a eso ya llegaremos.

Recuerdo las navidades que mi padre compraba un pavo y hasta que le llegara su hora lo teníamos en el patio de casa. Otro recuerdo que tengo del patio fue de un día de Reyes, yo no tendría más de cinco años, cuando me trajeron un fuerte con soldados e indios y caballos de goma. Después de jugar todo el día se quedaron en la galería, y grande fue mi sorpresa y enfado al día siguiente cuando me encuentro por el patio a los soldados, a los caballos y a los indios totalmente destrozados y es que nuestro perro Boliche durante la noche se lo había pasado en grande destrozando a todo un quinto de caballería. Tengo buenos recuerdos de los veranos a la fresca en la calle, también de las verbenas populares la noche de San Juan. Todos los vecinos éramos como una familia y lo pasábamos a lo grande. A veces íbamos al entoldado que ponían para la fiesta mayor, donde venían cantantes de la época.

En el mes de septiembre del año 1958, a punto de yo cumplir los seis años, mi familia se trasladó a vivir a un piso recién construido en la calle Ausiàs March de Badalona, en el número 114, en pleno barrio badalonés del Raval. Mi padre trabajaba en el Banco Central que estaba en la plaça de la Vila, justo al inicio de la calle del mar. Allí fui muy feliz con mis padres y mi hermana. Recuerdo que al mediodía cuando salía del colegio escuchaba por la radio -aún no teníamos televisión- los cuentos de Tambor, luego a las ocho de la noche los de Cascabel. Escuchar estos cuentos era sagrado y no me perdía ninguno.

Mi primer colegio fue el de las hermanas López Torrejón en la calle Zaragoza. Allí estuve hasta los ocho años en que me cam-

biaron a los Salesianos que estaba una calle más arriba, en la calle de Alfons XII. Allí estuve hasta los catorce. Recuerdo a mis primeros profesores, a don Eliseo, a don Salvador, a don José, a don Enrique, todos ellos seglares. Luego, ya con el inicio del bachillerato, tuve como profesores a padres salesianos. Recuerdo a don Ángel Vidondo, un navarro muy exigente pero al mismo tiempo muy bueno, aunque con muy mal genio. Tengo especial recuerdo del padre consejero, don Jesús Omeñaca, fallecido hace dos años. Era todo un personaje, sus clases eran pura vida. No podías relajarte, siempre estaba encima y tenía un carácter fuerte, pero al mismo tiempo en la hora del recreo podías verlo con la sotana levantada jugando a fútbol por la banda. Era muy divertido verlo, aunque luego era autoritario haciendo honor a su cargo de padre consejero. Recuerdo que don Jesús era de un pueblo de Soria, Olvega, muy cerca de Tarazona, el pueblo de mi madre, y nuestra relación era muy buena con el padre consejero.

A final de curso allá por el mes de junio tenía lugar el festival de gimnasia a cargo del profesor Corrales, había que mostrar a los padres lo que habíamos aprendido de educación física durante el curso. Teníamos que ir con camiseta blanca de tirantes y un pantalón corto Meyba de color azul. Era espectacular vernos a todos los cursos formados en el patio del colegio. Recuerdo el pórtico del patio de los Salesianos cuyo estilo, muchos años después, vi reproducido cuando visité Turín, en el patio del oratorio de la Basílica de María Auxiliadora. Eran los mismos pórticos que recordaba de mi colegio de los Salesianos.

En los Salesianos conocí a muchos profesores religiosos. Tengo buenos recuerdos de don Juan Manuel, don Joan Pi, que era de Banyoles y con el que luego volví a coincidir en alguna ocasión. Mención especial para el padre de las actividades deportivas dentro del centro, Don Benito, que era el encargado de los equipos del DOSA, los equipos de fútbol, balonmano y baloncesto. DO de Domingo y SA de Savio, que era el alumno aventajado de Don Juan Bosco y un modelo para los alumnos del centro. Don Juan Bosco era el religioso que hace doscientos años fundó la orden

de los Padres Salesianos en memoria de San Francisco de Sales, por cierto, patrón de los periodistas.

Fueron muchas horas las que pasamos jugando al baloncesto en el patio del colegio. Yo no era un buen estudiante, la verdad es que no me gustaba, iba justo y mi padre en los veranos me ponía a un profesor particular que venía a casa a enseñarme matemáticas. Tengo que decir que yo y las matemáticas siempre nos hemos llevado mal, soy más de letras. Aprobaba bien asignaturas como geografía, literatura, historia, pero las 'mates' cada año las llevaba pendientes cuando pasaba de curso.

Como no era buen estudiante, me castigaban los sábados por la tarde a ir al colegio, entonces el horario era de lunes a viernes mañana y tarde y los sábados también íbamos por la mañana. Cuando te daban una papeleta de castigo para ir los sábados por la tarde a hacer repaso, nuestros padres tenían que firmar, es decir que tenían que saber que su hijo no había sido un buen alumno durante la semana. Yo aprendí a imitar la firma de mi madre, que era más fácil que la de mi padre. Así que los sábados después de comer decía que me iba a jugar cuando lo que iba es al colegio de los Salesianos a hacer repaso de los temas que no había hecho bien durante la semana. También tengo que decir, que no fueron muchos los sábados que me dieron papeleta de castigo. Mi moral cristiana, aprendida en todos los años en Salesianos, ya me acompaña para siempre. Ahora sigo teniendo buena relación con los padres Salesianos que hay en el colegio Santo Domingo Savio de Badalona.

En mi último año ya no tuvimos como padre consejero a don Jesús Omeñaca, vino el ya fallecido José Luis Legaz. Era serio pero recuerdo que aprendí mucho en sus clases de francés. Los idiomas me gustaban, luego el francés que aprendí con él me sirvió para obtener un buen trabajo como traductor en la empresa Piher, pero ya llegaremos a esa época.

En 1966 mi padre me cambió de centro coincidiendo con el inicio del cuarto curso de Bachillerato. Mi nuevo centro era el Colegio Badalonés. Dejaba el barrio de Progrès para ir a la Plana,

en pleno centro de Badalona, muy cerca del pabellón deportivo del mismo nombre. Aquí empezó a gestarse mi gran pasión por el baloncesto coincidiendo con uno de los mejores equipos del Joventut en toda su historia.

Me fue difícil el curso porque las clases se daban en catalán y yo en Salesianos no lo hablaba. En casa hablábamos en castellano, todos mis amigos eran castellano-hablantes. Las clases en el Badalonés eran en su inmensa mayoría en catalán, únicamente recuerdo que era en castellano la asignatura de Historia que nos impartía una profesora con mucho oficio, la señorita Córdoba.

La asignatura de educación física la hacíamos en el pabellón de la Plana, en la que antes se llamaba Plaza de los Caídos. Estando cerca del pabellón podía ver a los jugadores del Joventut. Como no tenía poder adquisitivo no podía ir a los partidos que jugaba el Joventut los domingos al mediodía, así que estaba por allí a la espera de que, cuando faltara poco para acabar, el portero de turno se compadeciera y nos dejara entrar a ver los minutos finales.

Me acuerdo que me compré una libreta pequeña y cuando acababa el partido pedía autógrafos a los equipos que pasaban por Badalona para jugar contra la Peña, en la liga solo había doce equipos, yo los esperaba en las escaleras que subían de los vestuarios. Especiales eran los partidos contra el Real Madrid. ¡Qué equipazo tenían los blancos! Jugadores de la talla de Emiliano, Sevillano, Brabender, Luyk y un entrenador que lo ganaba todo, Pedro Ferrándiz, al que la afición odiaba y apodaba 'Botijero'. Antes de que el equipo blanco saltara a la pista, con el pabellón a rebosar, Ferrándiz aparecía por la puerta que subía de vestuarios y que estaba detrás de una canasta para dirigirse al banquillo y el pabellón en pleno lo abucheaba por decirlo de alguna manera. Cuando más arreciaban los gritos e insultos, entonces saltaba el equipo a hacer la rueda de calentamiento.

El Joventut, que se llamaba Nerva entonces, tenía a grandes jugadores que eran ídolos de todos nosotros: Lluís, Buscató, Alfonso Martínez, Oleart, Guifré Gol que era nuestro profesor de

Física y Química en el Badalonés. El entrenador era 'Kuchi', Eduard Kucharski, fallecido recientemente. Había un chaval de 16 años y más de dos metros que se llamaba Luis Miguel Santillana, era nuestro referente, jugaba muy bien en la posición de pívot. Especiales eran los partidos contra el Real Madrid, pero también lo eran contra Estudiantes, donde estaba Aíto y el Pica-dero Damm de Barcelona, con Alocén, Fa, Soler y un jugador calvo, gran defensor, que se llamaba Albanell.

En el mes de marzo de 1969 contrajo matrimonio mi hermana Rosa María con su prometido Arturo. Recuerdo lo mal que lo pasó el día que subió a pedir la mano a mi padre Arturo. Llegó de su Antillón natal en la provincia de Huesca con tan solo 14 años para vivir en casa de sus tíos y sus primos en la calle Latrilla. Arturo ha sido siempre para mí un ejemplo en todo, como esposo, padre y tengo que decir que también como el hermano mayor que nunca tuve.

Se conocieron trabajando en la empresa de Giró Hermanos y reconozco que formaban una muy buena pareja. Se casaron el mismo día que mi hermana cumplía los 23 años, era un lunes y llovía, pero bueno, yo con solo 16 años estaba muy contento. A la boda vinieron mis tíos de Tarazona y mis tíos y primos de Zaragoza. Vivirían en nuestra escalera, nosotros en el segundo piso y ellos en el cuarto.

El curso me fue fatal. Sólo aprobé una asignatura, la de religión, de las ocho que teníamos, algo que tenía que ver con que procedía de un colegio religioso. No hace falta que os diga el monumental enfado que tuvo mi padre cuando le entregué las notas. Me tuve que quedar todo el verano haciendo clases de repaso en el comedor de mi casa mientras mis amigos jugaban a fútbol en la calle. Yo los escuchaba ya que al ser verano las ventanas estaban abiertas. En la recuperación de septiembre las cosas fueron algo mejor, sólo me quedaron tres asignaturas, las matemáticas, la física y química y otra que no recuerdo. No pude pasar a quinto de bachillerato, así que el grupo de alumnos que quedamos, unos veinte, hicimos un curso puente en el colegio Badalonés. Al año siguiente

empezaría a estudiar primero de Peritaje Mercantil en horario de tardes.

Después de las malas notas mi padre decidió que empezara a trabajar en verano y mi primer empleo fue como administrativo en el taller donde mi cuñado Arturo era encargado, Mecánica Koll. Recuerdo que estábamos en el sótano de un pasaje que estaba cerca de casa, en una fábrica de caramelos, Can Gironés, del que guardo el recuerdo olfativo del olor dulzón que rodeaba a ésta fábrica. Una vez en el taller, el olor era a taladrina y aceite de uso industrial. Mi trabajo era meramente administrativo, archivando albaranes, facturas, cogiendo el teléfono. Recuerdo que mi primer sueldo fueron de 1500 pesetas y aquí estuve hasta marzo de 1970.

El 20 de febrero del 1970 nació en la Clínica del Carmen mi primera sobrina, Marta. Fue un día especial: iba a ser tío y padrino por primera vez, con solo 17 años. Recuerdo que el día que nació mi sobrina el Club Joventut Badalona jugaba un partido de Copa de Europa, el de vuelta, en el estadio olímpico de Atenas, una instalación al aire libre con capacidad para sesenta mil personas. En el partido de ida, la Peña de los Buscató, Lluís, Santillana y Kucharski en el banquillo, había ganado con holgura. El partido en tierras helenas fue una encerrona total. Explica siempre Nino Buscató que cuando llegaron al estadio los aficionados les amenazaron de que no saldrían vivos si ganaban. El estadio estaba abarrotado de seguidores que gritaban y vociferaban, para colmo llovía, la pista estaba impracticable, pero el árbitro, creo que era el búlgaro Arabadjan, ordenó jugar. No hace falta que os diga que el AEK, capitaneado por su mejor hombre, el base Amerikanos, y un gigante torpón de 2,14 llamado Trontzos, con la ayuda y permisividad arbitral, se llevó el partido y la eliminatoria. La FIBA hizo oídos sordos a las quejas de la Peña y todo quedó en agua de borrajas.

En diciembre de 1991 nació mi segunda sobrina, Silvia. Fui muy feliz con mis dos sobrinas, que entonces lo eran todo para mí. Recuerdo que a Marta me gustaba disfrazarla con mis camisetas de baloncesto y mis botas, imaginaros la imagen de una niña

pequeña con ropa mucho más grande, yo me lo pasaba bien.

Mi padre conocía al jefe de administración de la empresa Mobba, el señor Pujós, así que en marzo del año 1970 me incorporé a esta empresa local que estaba en la calle Colón, donde se fabricaban balanzas, pero también aparatos para la hostelería. Este fue mi primer trabajo en una empresa. Hasta septiembre, en que cumplía los 18, estuve a prueba. Luego, una vez cumplí la mayoría de edad, entré a formar parte de la empresa que dirigía la familia Mongé, Boix y Barriga, en la fábrica de la calle Colón hasta el año 1996 en que fui enviado a la empresa Piher S.A, que años antes había adquirido a Mobba.

Tengo muy buen recuerdo de mis años en Mobba, de marzo del 1970 a marzo de 1976. Allí éramos un grupo de jóvenes de más o menos la misma edad: Quique Ortiz, José María Giménez -que en paz descanse-, Torres y Culebras. Recuerdo que estaba en administración y trabaja con nosotros Joaquim Boesch, que luego se pasó al teatro y al cine, con una muy buena carrera profesional.

En 1972 me cambiaron de departamento y me fui con el ya fallecido Enric Bonet i Manich, un maestro y mi jefe. El departamento se denominaba control de stock y almacén. Yo era el administrativo, estábamos en la cuarta planta y aquí conocí a grandes compañeros como Carbonell, Bertrán, Trias, Gabara y Queralt. Aquí se embalaban todas las máquinas que fabricaba Mobba y se enviaban a las delegaciones de España, y también se exportaba a todo el mundo. Mi jefe, el señor Enric Bonet aparte de una gran persona y un maestro para mi era un gran fotógrafo, con él aprendí mucho de fotografía, sobre todo en el apartado de retrato. Siempre tenía una cámara en el despacho y recuerdo las grandes fotos de retrato a algunos de los muchos compañeros que había en la fábrica de Mobba. Bonet se presentaba a muchos concursos y había ganado muchos premios de fotografía, era muy reconocido dentro del mundo fotográfico. Fue un amigo y un maestro, por encima de ser mi jefe, aunque recuerdo que alguna bronca me cayó cuando me lo merecía. Mi tío Rafael me inició en este mundo, pero con Bonet aprendí mucho y que luego me ha sido



muy útil para poder trabajar como fotógrafo profesional. El señor Bonet era un gran deportista, practicaba la grecorromana y era miembro de la Unió Gimnàstica de Badalona. Mientras trabajaba en Mobba, seguía estudiando por las tardes, de siete a diez, siempre en el Colegio Badalonés.

Ya era un asiduo a los partidos de la Penya en el viejo pabellón de la Plana. Ahorraba para comprar la entrada que creo recordar costaba seis pesetas y cincuenta céntimos: Llegaba mucho antes y estaba en el bar, donde descubrí las patatas fritas Corominas, para mí, las mejores que he probado en mi vida. Al frente del bar estaban el ya desaparecido Joan Mas, y su esposa Paquita. Siempre había mucha gente por allí a todas horas. Por lo que decían, la señora Paquita tenía unas manos de oro en la cocina.

Por la Plana vi desfilar a grandes equipos, no solo de la liga española, sino también europeos. Recuerdo al Simmenthal de Milán -ahora Emporio Armani- al Maccabi de Tel Aviv con su gran estrella, el norteamericano de origen israelí Tal Brody y el imponente pivot Cohen-Mintz con sus grandes gafas. Recuerdo haber visto al Estrella Roja con Moka Slavnic y Simonovic. El Simmenthal, entrenado por Cesare Rubini, posiblemente el mejor entrenador italiano de todos los tiempos, tenía a la base de la selección italiana, con su mejor hombre Sandro Riminucci, y a jugadores norteamericanos blancos muy buenos, como el alero tirador Bob Wolf, que sólo jugaba competición europea, o a Craig Raymond, un gran pívot de 2,08. Otros equipos que recuerdo son el MAFC Sopron húngaro, el CSKA y Akademik de Sofia, el FAR de Casablanca y a los finlandeses del Helsinki Kissa Toverit de los hermanos Kari y Martii Liimo.

Del partido que guardo mejor recuerdo es de un Joventut contra Zadar, equipo que llegaba en el mejor momento de su capitán Pino Djerdja. Contaban también con un joven pívot de 2,11 que marcaría una época. Me refiero a Kresimir Cosic, un fuera de serie que fue de los primeros jugadores europeos en ir a una universidad norteamericana, a la Brigham Young del estado de Utah. El día del partido había mucha humedad y el parquet de la Plana es-

taba resbaladizo. Era un partido a cara de perro con el marcador estaba igualado y había que ganar para superar la eliminatoria. Recuerdo que Nino Buscató, ni corto ni perezoso, se quitó las zapatillas, lo mismo que Cosic, para llegar a jugar descalzos. Creo que algún jugador más de la Penya lo imitó. Fue un gran espectáculo en una gran noche de baloncesto, posiblemente mi primer gran partido. Y, claro, ganó el Joventut.

Quiero hacer un paréntesis para hablar del equipo soviético del Spartak de Leningrado, ahora San Petersburgo. En aquella época era muy enigmático todo lo referente a la Unión Soviética y tener a los rusos en Badalona era todo un acontecimiento. El Spartak llegó a Badalona con su mejor jugador, el pívot Aleksandar Belov, el jugador que cambió el signo de la historia en la final olímpica de Munich 1972 al anotar la canasta que dio el triunfo a la Unión Soviética, la URSS, sobre Estados Unidos, en una final polémica, donde en un principio se dio como ganadores a los americanos, entrenados por el veterano Frank Iba, pero que la mesa anuló aduciendo que quedaba un segundo por jugar. De nada sirvieron las protestas, se jugó ese último segundo y en un pase de canasta a canasta, fue Aleksandar Belov el que recibió bajo el aro y anotó la última canasta que daba el oro a la URSS. Esta canasta fue muy discutida y ya forma parte de la historia en la era de la Guerra Fría.

El Spartak llegó a jugar en la Plana y recuerdo que la primera canasta del partido fue un mate de Aleksandar Belov. Pocas acciones como esa se podían ver en aquella época y Belov -no confundir con otro grande también con el mismo apellido, Sergei- era uno de los mejores jugadores en el contexto europeo. Medía poco más de dos metros, pero verlo jugar y más en la Plana era todo un acontecimiento. Recuerdo que fui a conseguir autógrafos a la salida de entrenamiento y que también fuimos a ver a los rusos al hotel en el que estaban alojados, el mítico Hotel Miramar de Badalona, en la Rambla de nuestra ciudad. Allí hice amistad e intercambié cosas con algunos jugadores. Ellos nos daban insignias, muchas con el rostro de Lenin, pequeños souvenirs y alguna me-

dalla que otra. No recuerdo lo que les dábamos nosotros, posiblemente discos, pilas y algo más. Yo hacía colección de monedas, así que pude conseguir rublos rusos, muy buscados y poco vistos en aquella época. De todos los equipos que venían del telón de acero, del Este de Europa, pude conseguir monedas, y como no, autógrafos.

Tengo que decir también que mi primera cámara de fotos reflex, una Zenith rusa, se la compré a Alexander Belov, el buen pívot soviético, que llegó con motivo de un partido de homenaje a dos jugadores españoles que se retiraban, Emiliano y Buscató. Un combinado de los mejores jugadores europeos FIBA jugaría primero en Madrid como homenaje al jugador del Real Madrid, Emiliano Rodríguez y Buscató jugaría con la FIBA. Dos días después el partido se repetiría en el pabellón de la calle Ausiàs March, sede del Joventut y entonces sería Emiliano el que jugaría vistiendo la camiseta celeste del combinado europeo. No recuerdo cómo pero supimos que los jugadores del combinado europeo se alojaban en el Hotel Calderón de la Rambla Catalunya en Barcelona y hasta allí me fui. Los dos jugadores soviéticos seleccionados eran el mencionado Aleksandar Belov y el escolta Ivan Edeshko. Ellos compartían habitación, así que cuando los vimos en la recepción del hotel le pregunté en inglés a Belov si habían traído máquinas fotográficas para vender. Los jugadores de los equipos soviéticos acostumbraban a sacar del país cosas como caviar, cámaras fotográficas y otras cosas, hay quien dice que incluso armas. La cuestión es que tuvimos que sortear al comisario que el gobierno de la URSS mandaba con los equipos y deportistas que salían del país. Una vez despejado el terreno subí con Belov a su habitación, cerró con llave y de debajo de la cama sacó una maleta de madera llena de todo tipo de objetos, todos envueltos en paño de color negro. De la misma sacó una cámara Zenith por la que pagué 3.000 pesetas. Para mí era el mayor logro ya que aquí las cámaras reflex costaban mucho más. Luego, cuando pude comprarme en el viaje de 1979 a Nueva York mi primera Canon A1 Program, la Zenith se la vendí a mi primo Francisco 'Pepe'

de Tarazona, aunque no recuerdo por cuanto. Eso sí, le saqué muy buen rendimiento.

Con el tiempo nos enteramos de que Aleksandar Belov había sido deportado a un campo de trabajo en Siberia por el gobierno soviético, dicen que por contrabando de iconos aunque las auténticas razones nunca las sabremos. Lo cierto es que al poco nos llegó la triste noticia de que Belov había fallecido en extrañas circunstancias. Eso me causó una gran conmoción, ya que desde que conocí a Belov con su equipo, el Spartak Leningrado en Badalona, siempre nuestra relación fue excelente. Es más, una revista de baloncesto del diario deportivo francés *L'Équipe*, que salía mensualmente con el nombre de '*L'Équipe Basket*', y a la que estaba suscrito, publicó un extenso reportaje foto a foto de la famosa canasta que Aleksander anotó en la final olímpica de Munich y de la que ya he hablado, con la que dio el oro olímpico a la URSS. En uno de los viajes posteriores a Badalona con su equipo se la había regalado a Belov.

En septiembre de 1973 tuvo lugar en Badalona el Campeonato de Europa de baloncesto. Los partidos se jugaron en el nuevo pabellón de la calle Ausiàs March, que poco antes había sido inaugurado. El Joventut había dejado la Plana y ahora disponía de un magnífico pabellón con capacidad para casi cinco mil espectadores. El que era mi jefe en Mobba, el señor Bonet, fue el encargado de la coreografía para inaugurar el nuevo pabellón en el centro de la pista, con niños y niñas de la Unió Gimnàstica. Recuerdo que el primer partido que se jugó en el flamante pabellón de la calle Ausiàs March fue ante el Real Madrid, que vino a Badalona con todas sus figuras, entre las que estaba la reciente adquisición, el pívot alemán Norbert Thim, que sólo podía jugar en los partidos de competición europea. Thim era uno de los mejores pívots del continente, intimidador y techo de la selección de su país. Por el parquet del pabellón se pudo ver a las mejores selecciones europeas, destacando la Checoslovaquia de Jiri Zednicek y Jiri Zidek, donde empezaba a despuntar un base de dos metros que se llamaba Pospisil. La fase final se disputó en el Pabellón Municipal

de deportes de Barcelona, en la calle Lleida, con capacidad para casi ocho mil espectadores. La España de Díaz-Miguel derrotó contra pronóstico a la potente URSS, que tenía la cabeza más en la final ante Yugoslavia. Una gran España, con Brabender anotando 20 puntos y Nino Buscató 18, eliminaron a los soviéticos por 80 a 76 y se plantó en la final. España jugó muy bien en la final ante la potente selección de Yugoslavia, donde estaban jugadores de la talla de Kresimir Cosic, Zoran 'Moka' Slavnic, Dalipagic, Plecas, Solman y Jelovac. El triunfo fue para la selección 'plavi' que ganó por 78 a 67. España conseguía así una meritoria medalla de plata ante una de las mejores selecciones del mundo.

Por aquella época había descubierto gracias a un compañero del colegio Badalonés, que había una revista especializada en baloncesto en nuestro país que se llamaba Rebote y que dirigía el prestigioso y admirado periodista Justo Conde, que también escribía en el barcelonés diario deportivo Dicen. La revista era de formato pequeño y recuerdo que había artículos y sistemas de equipos de la NBA que escribía el admirado, y ya desaparecido, Paco Bernat. Me aboné a la revista que recibía cada mes en mi domicilio y al mismo tiempo me aficioné a escribir a muchos equipos europeos para pedirles la fotografía de la plantilla y de alguno de los jugadores norteamericanos, que eran mi debilidad. Muchos fueron los equipos europeos y americanos que me enviaron desde fotografías, pegatinas, guías o pins. Todo viene de haber visto en el pabellón de la Plana a un equipo de jugadores trotamundos salidos de universidades americanas que buscaban acomodo en equipos del viejo continente, dirigidos por el pelirrojo entrenador y agente Jim McGregor. El primero que yo vi fue el Gillette All Star, antes también llamado Gulf Oil y TWA. Jugaban partidos de pretemporada ante los equipos locales, se desplazaban en dos coches marca Cadillac, recuerdo que muy grandes, y recorrían toda Europa. Si a los equipos contra los que jugaban les gustaba alguno de sus jugadores McGregor los colocaba y ya se quedaban en el equipo, obviamente cobrando la correspondiente comisión. Tal como iba colocando jugadores, hacía venir a otros

desde Estados Unidos. Por lo que sabía, el mejor mercado del avisado McGregor eran países como Italia, Francia y España. Que yo sepa el pelirrojo señor McGregor fue el primer agente de jugadores y también entrenó a selecciones de varios de países. En el Mundial del 82 en Colombia, era el seleccionador nacional del equipo anfitrión. Era un tipo muy peculiar, dominaba muchos idiomas, y escribió un libro que busco y que no logro encontrar, con el título de 'Called for traveling' (Preparado para viajar).

Estando en el Colegio Badalonés empecé a jugar a baloncesto organizado. Tengo dudas sobre mi primer partido: no recuerdo si fue junto a unos amigos en la pista descubierta del Casino de El Masnou o en la cancha del campo de la OJE, al lado de la playa de Badalona, justo al lado de la fábrica de Anís del Mono. La camiseta era blanca de tirantes, jugábamos un sábado por la tarde, y como no había tiempo mi madre me tuvo que coser el número 11 en color negro. Reconozco que como jugador de baloncesto nunca he sido nada del otro mundo, pero siendo juvenil con 16 años me ofrecieron jugar con el equipo del colegio, con el DOSA. Sería mi primera experiencia como jugador federado. Teníamos como entrenador al ya desaparecido Quique Navarro, y muy buenos compañeros. Recuerdo a Vela, a Martí, que era el pívot titular, a Madrona, al base Diego González. Acabó la edad de juvenil y a los que no pasamos al equipo júnior, don Benito nos animó a formar un equipo que se llamaba Bosco Badalona. Con camiseta azul celeste de manga corta, jugaríamos partidos contra equipos que don Benito contactaba, algunos los sábados por la tarde, y todos eran de carácter amistoso. Así fue como no nos quedamos sin jugar, siempre se lo agradecemos todos.

Luego ya pasé al júnior de la liga provincial. Yo jugaba una media superior a los 15 minutos pero recuerdo que en un partido contra La Salle Hedilla me entraba todo desde una esquina y acabé con 18 puntos si no recuerdo mal. Luego llegó el servicio militar, pero mi afición por jugar a baloncesto continuaba.